

Philip Hensher

El rey de los tejones

Traducción de Marta Alcaraz

Libros del Asteroide *

Primera edición, 2013
Título original: *King of the Badgers*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Philip Hensher 2011

© de la traducción, Marta Alcaraz Burgueño, 2013
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía del autor: © Eamonn McCabe

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-30-8
Depósito legal: B. 20.349-2013
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

A
la
panda:
a J.B.
y a Sam
y a Rita
y a Ralf
y a Julia
y a Yusef
y a Jimmy
y a Marino
y a Bertie
y a Renaud
y a Richard
y al Profesor A
y a Alan, otra vez,
y a Lapin, otra vez,
y al ardiente Dickie
y no nos dejemos a Nix (¡Eh, Nicola!)
y a la señora Blaikie (besos de Rufus)
y a Herbert, que dijo que todo era muy lacónico,
pero sobre todo, y siempre, y una vez más, a mi marido,
y a todos, y puede que a otros también, solo quiero decirles:
Qué
Bien
Lo
He
Pasado.



Índice

Libro primero: Nada que ocultar	11
Primer impromptu: Habla el narrador omnisciente	157
Libro segundo: El rey de los tejones	167
Segundo impromptu: Doscientos días	325
Libro tercero: Nada que temer	339



LIBRO PRIMERO:
NADA QUE OCULTAR

El comandante del bombín tiene un tic en la cara,
lleva demasiado tiempo cautivo.
Necesita una nueva guerra y un tanque en el desierto.
Las piernas gordas de las mecanógrafas se preparan
para los muchachos y los bebés. Por la cabeza
me ronda una hormiga que se yergue y desafía a una apisonadora.

GAVIN EWART, *Serious Matters*



1

En primavera del año pasado, justo cuando empezaba a apretar el calor, un bote de remos flotaba en mitad del agua fangosa en la pequeña localidad de Hanmouth, en el estuario del Hain. La popa estaba orientada tierra adentro, donde en las ciudades se afanan los culpables, y la proa, hacia el mar, a unos monótonos ocho kilómetros corriente abajo. Es allí donde, cuando llegue el final de los días y de las semanas, se limpiarán todos nuestros pecados. El barquero sumergió los remos hasta el fondo. Había algo meditabundo en aquel movimiento repetido. Las aguas bajaban rápidas y tenía instrucciones de mantener el bote donde estaba, en el centro de la mansa corriente del color de la cerveza y la leche.

—Casi todos mis clientes quieren ir al mismo sitio —le dijo a su único pasajero—. Quieren que cruce el estuario hasta el pub.

—¿Y ese pub sería...? —preguntó su pasajero con un deje de irritación.

Era un hombre con michelines y la coronilla húmeda y perlada de sudor. Los cabellos rojizos y canos, que distaban varias semanas de un corte decente, le salían disparados a lado y lado de la cabeza. En el hombre se advertían las huellas de una vida de taxis, de copas cargadas a la cuenta de la empresa y de comidas grasientas

y picantes. Soltero o tal vez divorciado, eso sería lo más probable: en esas circunstancias, todos terminan descuidándose.

—El Loose Cannon —dijo el barquero—. Lo tiene ahí, a sus espaldas. Se ven las luces. Ahí, en la península, donde se encuentran el río Loose y el estuario del Hain. Es una broma, el nombre ese, una especie de broma.

El hombre no se vuelve a mirar. Nunca antes había ido en bote. Cree que puede ahogarse en dos metros de agua. Con la mano derecha se agarra al bote y con la izquierda sujeta la cámara que lleva al cuello. A sus pies, bien plano y dispuesto con esmero, un maletín a medio camino entre cartera y maleta.

—Por aquí es más fácil llegar —continuó el barquero entre palada y palada—. Está al final de la península. Entre el estuario y el Loose. El aparcamiento queda a cosa de un kilómetro y medio. Les va mejor que los cruce en bote desde el embarcadero de Hanmouth.

—¿Y qué, el pub está bien? —preguntó el pasajero.

Por fin se interesaba por el asunto.

—Es antiguo. Mucho. Ahí no hay más que el pub y la casa del esclusero. Loose Cannon no es el nombre oficial, es una broma que se le ocurrió a saber a quién. En la licencia lo que pone es Cannons of Devonshire.* Lo de Loose Cannon viene de muy lejos, ya nadie se acuerda de cuánto. Cuando yo llegué aquí ya se llamaba así. Es por el río, ese, el que va a dar al estuario.

En el destartalado embarcadero de tres metros, la chica de pelo corto seguía donde la habían dejado. Tenía otros dos maletines pesados a sus pies. A la luz de media tarde sus rasgos se veían borrosos. Una figura, una silueta negra sobre un azul cada vez más intenso, una sombra erguida que vigilaba.

—¿Quiere ir? —preguntó el barquero.

—¿...?

—Al pub. Al Loose Cannon. Casi todos mis clientes... Paso buena parte del verano yendo y viniendo como lanzadera en un telar.

* Juego de palabras entre el nombre del río, Loose (en español, suelto) y el del pub, Cannons of Devonshire (los cañones de Devonshire); la expresión *a loose cannon*, a su vez, podría traducirse como «una bomba de relojería». (N. de T.)

—No.

—No hay otro lugar adonde ir cruzado el estuario.

El pasajero le dirigió al barquero una fugaz mirada de impaciencia, una mirada de ciudad.

—Haga solo lo que le he pedido —dijo—. Quiero que reme hasta el centro del estuario y que procure que el bote quede tan fijo como sea posible durante veinte minutos mientras yo hago unas fotografías. Eso es todo.

—Desde el jardín del Loose Cannon sacaría unas buenas fotos —dijo el barquero.

—Mal ángulo. Demasiado alto.

—Se está tomando demasiadas molestias por un par de fotos de vacaciones.

El pasajero no contestó. El barquero se detuvo y dejó que el bote se meciera flotando corriente abajo durante unos instantes. Ese era el momento del día que más le gustaba. En un extremo del cielo, tras las colinas lejanas, pinceladas de luz del día; en el otro, los comienzos de la cálida noche azul. La luna, como la punta de una uña que alguien hubiera recortado, colgaba boca arriba sobre la iglesia. Las flores de los frutales de los jardines brillaban en la penumbra; las tiesas florecillas blancas de los castaños de Indias de la iglesia parecían velas relucientes; sobre un muro, una clemátides de flores blancas crecía y se derramaba como nata montada. El caótico sube y baja de los tejados de la ciudad, de los remates de las casas, de sus ampliaciones y de las azoteas empezó a verse salpicado de ventanas que se encendían. Aquí y allá, alguien corría unas cortinas. De noche, las luces de una población como Hanmouth resplandecían surcando el agua durante kilómetros y kilómetros.

—Mucho movimiento en esta época del año, de todos modos —dijo el barquero—. Mucho movimiento, siempre. A la gente le gusta venir a pasar el día. La tarde. La noche. Un pueblo con mucha historia. El tercer pueblo más pintoresco de Devon, el título se lo dieron hace tres años. No sé quién decidirá esas cosas. Thomas Hardy pasó aquí unas vacaciones de niño. ¿Sabe quién era Thomas Hardy?

—Sí. Entraba en los exámenes de secundaria. Saqué una B. Usted no es de por aquí.

—No —repuso el barquero—. No hay manera de perder el acento de Yorkshire. Llevo veinte años aquí, y a estas alturas como los de Devon ya no voy a hablar. Antes ya venía por aquí de vacaciones todos los años, casi desde niño.

—Como Thomas Hardy.

—Como Thomas Hardy. Trabajé en una acerería en el norte, treinta años. Me echaron. La empresa quebró. Pero me saqué una buena indemnización. Era gerente. Un buen trabajo. Me dijeron que se ocuparían bien de mí. Y la jefa me dijo: «Mudémonos a algún lugar en el que queramos vivir. Hanmouth, allí es donde nos conviene estar». La que adoraba el lugar era ella, lo adoraba de verdad. «Podrás hacer lo que quieras, dedicarte a cualquier cosa. En Hanmouth hay mucha gente, se alegrarán de tener a alguien que les cambie una bombilla por un par de libras», me decía. Murió al cabo de cinco años. Cáncer. Muy repentino. Una cosa así nunca la superas. Quería que la enterraran en el jardín de la iglesia, pero ya no entierran a nadie allí. Está en el cementerio de la ciudad, como todos los que se mueren. Sigo yendo a presentarle mis respetos todos los sábados. ¿Le parece raro?

—Aquí mismo —dijo el pasajero.

Abrió la funda de la cámara que llevaba colgada al cuello. Era un objeto negro y voluminoso con un agujero negro en el lugar que le correspondería al objetivo; no se parecía en nada a esos chismes digitales de bolsillo que lleva la gente hoy en día. El barquero avanzó contra la corriente que los arrastraba hacia al mar; quince metros estuario adentro, por fin quedaron más fijos que un alga clavada en el lecho.

El fotógrafo se agachó con esmero y abrió el maletín que tenía a los pies. Al barquero le llegaba el olor de su sudor. En el maletín había tres objetivos, cada uno en su hueco, y también había otros artilugios que el barquero no habría sabido nombrar, todos ocupando un lugar específico en la espuma color carbón. El fotógrafo sacó el objetivo mediano y cerró el maletín con el mismo esmero

de antes, sin movimientos bruscos. Daba la impresión de que en el bote también viajara una bestia hambrienta y difícil de aplacar.

—Tengo setenta años. Nadie lo diría, me dicen siempre. Esto me mantiene en forma. —Era cierto: los brazos nervudos del barquero habían perdido la carne, pero todavía tiraban con fuerza; el corazón, pensó él, le latía lentamente en el pecho estrecho. Llevaba el pelo cortado al uno, con un estilo que recordaba al de algunos jóvenes, aunque ya lo tenía blanco—. Antes de mí había un barquero, siempre ha habido uno. Para llevar a quien lo pida de Hanmouth al Loose Cannon. El antiguo barquero heredó el puesto de su padre, de eso hace cuarenta años. Tiene hijos, pero el asunto no les interesaba. Uno es abogado en Bristol. El de barquero no era un trabajo a jornada completa, ya no. Hacía años que no lo era. Y el puesto me lo quedé yo. Me mantiene activo.

—Debe de conocer a todos los del lugar —dijo el fotógrafo.

—Mucho tipo raro en Hanmouth esta semana. No los conozco, no los había visto jamás. Esto nunca había estado tan abarrotado. La niña esa. Pero yo no sé qué creen que van a ver. A ella, no. Ha desaparecido.

—La curiosidad humana —apuntó el pasajero—. No conoce límites.

Cogió la cámara y, deprisa, con una serie de sonoros crujidos, sacó unas fotografías.

—Cruzar, cinco libras; ida y vuelta, ocho —aclaró el barquero—. Podría haber subido la tarifa esta semana.

—Pensé que habíamos acordado el precio —dijo el pasajero—. Había dicho treinta.

—Ida y vuelta en diez minutos son ocho libras —continuó el barquero—. Llegar hasta la mitad y quedarnos el tiempo que le parezca, treinta. ¿Le ha dado permiso el señor Calvin para sacar las fotografías?

—Habíamos convenido un precio —dijo el pasajero.

—Oh, sí. Habíamos convenido un precio. Pero no puedo hacerle un recibo.

—No pasa nada —respondió el pasajero—. Del recibo me ocupo

yo. No existe ninguna ley que diga que hace falta un permiso para hacer fotografías de un pueblo. Diga lo que diga ese señor Calvin suyo.

El barquero levantó los remos y los mantuvo en el aire; al cabo de un segundo, la corriente empujaba el bote unos tres metros hacia el mar.

—Mantenga el bote donde estaba, por favor —dijo el pasajero.

—El señor Calvin lleva un registro de todos los fotógrafos de prensa. De muchos. De un montón. Para que todo esté limpio y ordenado, dice el señor Calvin. Lástima lo de la niña.

—¿La conocía?

—No. No sé ni cómo pude reconocerla cuando vi su cara en los periódicos. Entre Hanmouth y los alrededores se llegará a los veinte mil habitantes. No vas a conocer a todo el mundo.

Tiró fuerte de los remos para mantener el bote fijo y paralelo a la costa. Vio que llevaban veinte minutos fuera. En cuanto pasaran de la media hora, empezaría a cobrar una libra por minuto extra; no iba a pagar él por el dinero del cabrón ese. Clavó el ojo en el reloj, cuya esfera, según la tradición marinera, ocupaba la cara anterior de la muñeca.

—También están los que no quieren aflojar las cinco libras, claro —continuó el barquero—. Si se van sin pagar, no los persigo. Llamo a Mike del Loose Cannon y él les descuenta el dinero del pasaje del cambio. Y ellos no pueden decir gran cosa. El verano pasado va uno y me suelta: «¿Cinco libras? Pero si está ahí mismo. Eso lo hago caminando». Con marea baja, pensaría. Con marea baja no se puede salir en bote al estuario, pero tampoco puede uno vadearlo. «No, gracias, no es muy profundo, lo cruzaremos a pie, no parece que sea para tanto.» «Pues muy bien», le digo yo. Cuando ya llevaban unos quince metros andados, estaban de barro hasta los muslos y no podían ir ni para adelante ni para atrás. El estuario va a la suya. Se encoge y se agita. Por ahí pueden andar los patos; tienen patas con membranas. El tipo llevaba deportivas. Yo estaba en la ventana del Flask, mirándolo. Al final terminé levantándome para acercarle una escalera. Anda que no dio la lata cuando sali-

mos, pero a la vuelta estuvo calladito como ratón de sacristía. Eso no vuelven a hacerlo. El pueblo me necesita.

En la densa penumbra ribereña, el fotógrafo se llevó la cámara a la cara y disparó unas cuantas veces más sin atender a la historia del barquero. Desde donde estaba disfrutaba de un panorama amplio del frente del estuario de Hanmouth; ventanas iluminadas y cerradas a la noche exterior. En el embarcadero, sentada con las rodillas levantadas, la chica de pelo corto. Con esos vaqueros de chico tan estrechos que llevaba, su delgado cuerpo dibujaba una figura geométrica. De un cigarrillo escondido entre las rodillas se elevaba una línea de humo apenas iluminada.

Con unas paladas a contracorriente, el barquero logró mantener el bote bastante firme. En el embarcadero, a la ayudante del fotógrafo se le había unido otra figura. Le hablaba en voz baja. El susurro viajaba a través del agua, y por el sonido y lo estrecho de hombros que era el hombre, el barquero reconoció al señor Calvin. Tendría algo que decirle a un fotógrafo de prensa que no se había presentado.

— ¿Esto es para un periódico, entonces? — preguntó el barquero.

— Algo así — respondió el pasajero sin dejar de sacar fotografías.

— Ya llevamos cinco días. Como estar sitiados, vamos. No paran de hacernos preguntas, todo el rato, que si ha visto a la niña, que si conoce a su madre, que qué sabe de su padre. Que pregunten en la carnicería o en el banco. «Si supiera algo, iría a la Policía en vez de contárselo a usted», le dije a uno. Y fotografías de Hanmouth se encuentran en cualquier sitio, en Internet, fotografías de un buen día soleado. Con esta luz, mucho no podrá hacer, diría yo.

La figura pequeña de sexo indeterminado los saludó con la mano con gesto amplio desde el embarcadero, como si estuviera haciendo ondear una bandera en una concentración de Boy Scouts. Calvin, si es que de Calvin se trataba, ya se había marchado. Los cisnes y los gansos, confundidos por la ola, se detuvieron en seco y pusieron rumbo a la chica. Malacostumbrados por toda la gente que les tiraba comida, habían tomado el movimiento por una promesa de generosidad.

—Ya es suficiente —dijo el pasajero—. Lléveme de vuelta.

—Puedo llevarlo hasta el Loose Cannon. No tendrá que pagar más.

—No hará falta —repuso el pasajero.

Y aunque parecían ir en la dirección adecuada, el bote, propulsado por un remo, giró en redondo formando un círculo: primero encaró la proa hacia la ciudad y el estruendo de la autopista; luego, hacia el estuario y las remotas colinas azules tras las que se ponía el sol, y por fin hacia el mar, donde, a la postre, todo va a parar. Y en el embarcadero, la pequeña figura se arrodilló y abrió un ordenador de tapa negra, y la luz azulada de la pantalla iluminó lo que al final resultó ser el pelo corto y la carita de una chica guapa absorta en su tarea digital.

2

Hanmouth, esa célebre localidad del estuario del Hain, en la costa septentrional de Devon, parecía dispuesta en forma de estratos se mirara como se mirase. Las cuatro calles del lugar discurrían paralelas a la vía del ferrocarril, a la costa y al estuario. Vías menos señoriales —callejuelas, pasajes, atajos, apartadas casas de beneficencia del siglo XIX cuadradas y pintadas de blanco y callejones sin salida que en los años treinta habían aparecido en las afueras y cuyos jardines delanteros consistían en dos o tres palmos de terreno sobrante— atravesaban serpenteando libremente las cuatro distinguidas avenidas verticales. La primera de ellas discurría sin interrupción desde Ferry Road, al norte, hasta el Strand, al sur, formando un nudo en el muelle que, al elevarse, daba paso a tres pubs históricos, una placa conmemorativa que señalaba el lugar de nacimiento de un fiscal general que llevaba un siglo muerto, y vistas infinitas del estuario y de las colinas que lo sucedían, en cuya cima se alzaba un torreón lejano, extravagante capricho de un duque. En esta primera calle vivían presentadores de televisión, magnates inmobiliarios, gente que se había enriquecido con la informática y las telecomunicaciones.

La primera casa de Hanmouth en venderse por un millón de libras estaba aquí, decían los inocentes lugareños; pero de eso hacía siete años, y la cifra, que iba perdiendo lustre, había quedado despojada de su singularidad hacía ya mucho tiempo. Cumbre de la envidia en kilómetros a la redonda, de medio condado, el Strand, al sur, era un conjunto de casas de estilo holandés con hastiales de volutas y fachada color rosa, crema o rojo terracota; allí vivían todos, decía la gente, lo que significaba que allí no vivía nadie.

Solo unos pocos elegidos residían en la segunda avenida, la calle comercial. El brigadier y su esposa, en una casa de ladrillo del siglo XVIII, amplia, baja y poco profunda, orientada hacia donde no tocaba, como si quisiera dar la espalda a la actividad comercial. Fore Street aguantaba bien; el centro cívico, muestra de la arquitectura municipal en ladrillo de entreguerras, iba a celebrar su octogésimo aniversario al año siguiente con, entre otros actos, un montaje de *La cacería real del sol* a cargo de la compañía amateur de Hanmouth. En la calle, delante del centro cívico, había una estatua de un niño en cuclillas que pescaba con los codos apoyados en las rodillas y expresión profundamente concentrada. La estatua había sido un encargo por el quincuagésimo aniversario del centro, en 1977, que coincidía con el jubileo de plata de la Reina. Para inaugurarla se celebró una fiesta al aire libre, mesas de caballete que recorrían serpenteantes toda la calle; de inmediato, el monumento pasó a ser universalmente conocido, hasta en la guía de Hanmouth impresa a mano que vendían en la librería de viejo, como «El Cagoncete». Por lo que al resto de Fore Street respectaba, el nuevo supermercado Tesco de las afueras no había dejado sentir sus efectos sobre la carnicería, excelente, ni la verdulería, correcta tirando a mediocre. Tampoco había podido hacer nada con las tiendas de adornos, las joyerías amateur que habían abierto probando suerte o el bazar oriental de dos hermanas que se abastecían durante sus viajes semestrales a los mercados del sur de la India; volvían triunfales de Madurai con rollos de seda de vivos colores, jabón hecho a mano y joyeros de plata mate de elaboradísimas incrustaciones cuyo precio de venta multiplicaría por doce el de compra.

Al otro lado de Fore Street, allí donde la vía del tren empezaba a hacerse más patente, los bohemios, los muchísimos que aspiraban al puesto de los elegidos y que habían logrado escapar de Barnstaple, vivían en casas pulcras y ordenadas, concebidas para alojar a coadjutores del siglo XVIII o a tenderos de los de antes de la guerra. Aquí, sobre todo, las vistas eran a las ventanas del vecino. En Hanmouth había una escuela supuestamente buena, un mercado quincenal de estilo francés al aire libre, doce tiendas de antigüedades, un mercadillo, un pescadero cuya furgoneta pasaba casi todos los días, y siete iglesias de todo tipo, desde una oriental donde seguían rezando el credo de cara a Tierra Santa y sin descubrirse la cabeza, a la antigua usanza, hasta otra donde se postaban sin complejos ante las emanaciones espirituales, alojada en una antigua nave para bicicletas con el tejado de uralita. Miranda Kenyon, que daba clases en la universidad y vivía en una casa del Strand de estilo holandés, solía prometerse que un domingo de esos iría a esa última iglesia, la de los chalados.

Esa era la parte de Hanmouth que les venía a la cabeza a quienes aspiraban a vivir en la localidad. Sus habitantes pronunciaban el nombre del lugar así: *Ham-muth*. El brillante anverso de señoriales caserones holandeses de frente despejada cuyas amplias fachadas salpicadas de huecos acristalados relucían al sol que se ponía al oeste, sobre las colinas, mientras sus moradores se servían la primera copa de la tarde tras emplomadas ventanas curvadas y, para entretenerse, contaban las patilargas zancudas del estuario. Les venían a la cabeza las casas protestantes cuadradas y encaladas de las calles traseras o, en el peor de los casos, las villas eduardianas que todavía quedaban más lejos, retiradas hacia una vía del tren que, más que una ruidosa interrupción en el carácter de tarjeta postal del lugar, al final resultaba encantadora. La estación contaba con parterres cuidados, en los que se leía «HANMOUTH» en arte topiario y un paso a nivel ante el que viudas con cestos de mimbre forrados de guinga siempre parecían estar esperando pacientemente. A unos doscientos metros de la estación, una puertecita blanca y un sendero que atravesaba la vía

daban fe de que aquel era uno de los raros supervivientes de esos ramales que debían de haber llevado décadas fuera de servicio. Algo encantador, que no perjudicaba a nadie.

Los habitantes de Hanmouth eran conscientes de lo agradable, atractivo y funcional que era el pueblecito, y lo protegían. Una comisaría de policía con un fanal cuadrado azul y una estación de bomberos diminuta reforzaban esa imagen miniaturizada, como de juguete. La única pega la representaban los doce pubs del lugar; los estudiantes de la universidad se habían aficionado a la práctica de Los Doce de Hanmouth, una maratón que a veces se saldaba con lo que Sam, el gay, describía como viriles meadas ebrias en el embarcadero, vómitos nocturnos en el andén de la estación para recibir a los pasajeros del primer tren de la mañana y, en una ocasión, una ventana de la floristería Fore Street, la del extremo que daba al muelle, rota. Sobre esas pequeñas molestias propias de una ciudad pequeña, todas culpa de los forasteros, se discutía en el quiosco y en las calles. Entre la aprobación general, el señor Calvin decidió tomar una de esas medidas que solo a los recién llegados se les ocurre tomar y constituyó una patrulla vecinal. La obligación de rezar una oración en corro antes de las reuniones había suscitado algunas bromas nerviosas, pero al final la idea fue un éxito, a decir de todos. Durante los dos últimos años se habían instalado cámaras de seguridad en la estación, enfocadas a un extremo y al otro, y también en el muelle, en la parada del autobús a Barnstaple. Al cabo de un tiempo, la presión vecinal consiguió que se instalaran seis cámaras más y, como les explicó John Calvin a los integrantes de la patrulla vecinal y estos se encargarían de explicar a sus conocidos, a partir de ese momento podrían caminar de una punta de Fore Street a la otra a cualquier hora del día o de la noche sin pasar miedo, bajo la vigilancia de un circuito cerrado de televisión. Hasta las señoras mayores habían aprendido a decir «circuito cerrado de televisión». «Quien no haya hecho nada malo no tendrá nada que temer», afirmó John Calvin. «Nada que ocultar, nada que temer», añadió citando una reciente consigna del Gobierno, y en esas casas de rostro franco cuyas fachadas daban a la calle, los ricos de

Hanmouth, a menudo deseosos de exhibir la opulencia de su vida privada, solían estar de acuerdo con él.

La seguridad y la belleza de la ciudad del estuario atraían a los forasteros. Y, hecho este menos admirable, también empujaban a quienes habían quedado fuera de sus confines históricos a apropiarse de su nombre. Si se subía por la autopista hacia enclaves más urbanos, uno se encontraba con hileras de adosados de ladrillo amarillo típicos de la periferia, un club de golf y un inmenso pub, situado en una rotonda, que, en una pizarra exterior, anunciaba sus carnes asadas al tráfico circundante. Niños asilvestrados campaban a sus anchas por el aparcamiento, azuzados por las Coca-Colas que habían sacado afuera y por naranjadas de un color encendido, corrían arriba y abajo por el puente peatonal que cruzaba la autopista. Se decía que en una ocasión habían arrojado un ladrillo roto a los camiones que circulaban por debajo. A ambos lados de esa vía principal se alzaba un vasto complejo de viviendas de protección oficial en expansión continua. Ese complejo rodeaba los campos del club de rugby de Hanmouth y, de tarde en tarde, proveía de un público exaltado y algo basto a las caballerosas batallas por un huevo de cuero, dramas que tenían lugar entre dos haches de proporciones demencialmente gigantescas.

Y aquel lugar, bajo el auspicio, en primera instancia, de las agencias inmobiliarias, también había dado en llamarse Hanmouth. Sin embargo, para chanza y burla de Hanmouth, ellos lo pronunciaban así: «Han-mouth». Ese era uno de los temas de conversación de Miranda Kenyon, las conjeturas sobre los límites de Hanmouth. Por lo general, Hanmouth no prestaba demasiada atención a esos barrios de las afueras dados al pillaje y a la tortura del idioma que rodeaban el pueblo y habían adoptado su nombre. Aunque se desbordaba hasta llegar justo a las puertas de Hanmouth, esa era la periferia de Barnstaple, la ciudad, no la de Hanmouth. Hanmouth nunca tendría periferia.

En esa periferia, en esos barrios de vivienda protegida, los hombres lavaban el coche el domingo por la mañana; las cocinas daban al jardín delantero para que las mujeres pudieran disfrutar de la

actividad de la calle mientras lavaban los platos; los niños estrellaban balones de fútbol contra las puertas de los coches aparcados hasta que alguien los echaba a gritos; el apoyo a la selección de fútbol nacional se hacía evidente en las bufandas bien a la vista, en los escudos pegados a las ventanas y en las banderas que ondeaban en el asiento trasero de un coche; y entre semana, hacia las siete y media o las ocho, por las ventanas abiertas escapaba flotando la sintonía de una telenovela ambientada en Londres. No había razón alguna para visitar esas cien calles, y Hanmouth no sabía gran cosa de ellas. Hasta que en el verano de 2008 un hecho acontecido en esa periferia —y la localidad a la que dicha periferia pudiera adscribirse es algo irrelevante— quedó ligado a Hanmouth y ya nada pudo desligarlo.

3

En Hanmouth propiamente dicho el nombre de Heidi O'Connor no le sonaba a nadie; nadie lo habría oído a no ser que le hubiera cortado el pelo, y aun así, tampoco habría sabido cómo se apellidaba. Hacía la compra en lugares donde la gente no se saluda ni compara productos con toda la calma del mundo, como el Tesco de la ronda. No era de las que bajan al pub para socializar ni por ninguna otra razón, y tampoco iba al restaurante de la rotonda de Hanmouth. Habría dicho que le parecía «ordinario»; y Hanmouth entero se habría llevado una sorpresa al descubrir que una tal Heidi O'Connor conocía la palabra o era capaz de asignarle un significado concreto. Tenía cuatro niños, Hannah, China, Harvey y Archie, entre los nueve años y el año y medio. Vivía con Michael Thomas, un depravado con cara de pan al que le llevaba siete años. Al parecer, los cuatro niños —dos, con su propia versión del cabello rubio blanquecino de la madre, y los otros dos con una especie de mopa perruna negra y espesa en la cabeza— se llevaban bien con su «padrastró», generoso término con el que Micky Thomas decidió definirse cuando los acontecimientos propiciaron la necesidad de que lo hiciera. Era

el tercer «padrastro» que los niños habían conocido y que los dos mayores podían recordar. Hannah era la única que se acordaba, o decía que se acordaba, de su auténtico padre y del de China.

Con cuatro hijos a los veintisiete, la existencia de Heidi tenía sus aspectos limitados. Iba a Barnstaple muy de vez en cuando; la inauguración de un nuevo centro comercial representaba una salida fuera de lo común. Micky, los cuatro niños y ella recorrían las calles de cubierta acristalada del centro comercial donde malabaristas contratados por el municipio y artistas del alambre subvencionados jugaban con el vacío durante una única tarde. Aquí y allá, Heidi y Micky se decían que en el fondo la cosa no tenía nada de especial y dejaban que los críos entraran y salieran de las tiendas. Barnstaple era, en general, el territorio de Micky. Bajaba todos los viernes y los sábados por la noche; salía hasta las tres o las cuatro y luego volvía a casa con los ojos rojos y ciego perdido, eso lo decía siempre al día siguiente. Las tardes del sábado las pasaba en los pubs de Hanmouth, donde solía quedarse bebiendo hasta que llegaba la hora de ir a recoger a Heidi a la peluquería. La esperaba fuera, en la acera; ya habían tenido que llamarle la atención por haber entrado antes de las cinco y media y haberse puesto a dar vueltas a coger los botes de suavizante y las tenacillas para volver a dejarlos luego en su sitio. Era un rostro conocido del Viejo Hanmouth, como él lo llamaba; era un rostro famoso en las inmediaciones de las pistas de baile de los pequeños clubs nocturnos de Barnstaple, con su inexpresiva cara de pan oculta bajo una gorra de béisbol, desafiando a las cámaras del circuito cerrado. Solía vender un poco de esto y otro poco de lo otro.

Heidi se consideraba demasiado mayor para esas cosas. Cuando no trabajaba en la peluquería en Hanmouth, donde casi todas las clientas ya habían cumplido los setenta, estaba en casa, pero a ella no le importaba. En el colegio siempre había dicho que quería ser peluquera y, aunque con la llegada inesperada de Hannah y China tuvo que interrumpir sus estudios de formación profesional, se esforzó, progresó, terminó el curso a los veintidós y encontró trabajo allí, en la peluquería en la que estaba trabajando. Su sueño era el

de abrir un salón propio, decía; en Hanmouth, tal vez. Al pueblo no le vendría mal un poco de competencia, algo más actual. Menos tinte azul, diría ella, aunque el tinte azul no lo había aplicado en su vida, solo le sonaba de las telecomedias. «No sé cómo las aguanta», decía Micky a sus amigos y a sus colegas cuando Heidi estaba en la cocina; se refería a las viudas y a las funcionarias jubiladas de Hanmouth. «Esas clientas viejas que huelen a pis, con esas permanentes azules que piden que les hagan.» A Heidi no le molestaban, ni ellas ni Hanmouth. Tampoco es que pensara mucho en el asunto. El sueldo podría haber sido mejor, pero las propinas eran generosas, y así salía de casa. El dinero Micky lo ganaba a su manera, y aunque esa manera suya tenía sus altos y sus bajos, era una ayuda que les venía muy bien al menos. Y los miércoles y los sábados jugaban a la lotería. Si les hubieran preguntado cuál era su ambición, los dos habrían contestado que perseguían un futuro en el que, sin habérselo ganado ni merecido, del cielo les cayera una suma de dinero de tal magnitud que no se agotara nunca, por mucho que los dos vivieran. Que todavía no hubieran pensado en un futuro en el que una suma inmerecida y enorme pudiera librarlos al uno del otro tenía su lado tierno.

Aunque nunca llegó a casarse con su amor de juventud, fue este quien le dio a Hannah y a China. A esas alturas, era probable que estuviera en Londres. Con el padre de Harvey sí que se casó, y nunca más. Al final, en mitad de una de esas peleas que dejaban las escaleras temblando, él le dijo que iba a emigrar a Australia o a Canadá, y no dejó de decirlo, alternando la furia con la serenidad, hasta que un buen día desapareció y nunca volvieron a verlo. (Heidi suponía que seguirían casados, después de todo.) Se llamaba Marcus. Heidi se acordaba de su aspecto, pero lo que de verdad le había quedado de ese matrimonio era Harvey, claro está, y Ruth, la hermanastra de Marcus; Marcus y ella eran hijos del mismo padre, pero la madre de Marcus era de Bristol y la de Ruth, de Barnstaple. La mitad negra les venía del padre. Marcus le llevaba quince años a Heidi y trece a Ruth, que aunque solo le llevaba dos años a Heidi, siempre había sido una chica de rostro severo con el pelo corto y

canoso. En su boda, cuando Hannah apenas si tenía edad para ser una damita de honor vestida de color melocotón y China, en brazos de la madre de Heidi, era un bebé con la cara cubierta de un sarpullido terrible, Ruth no abandonó por un instante su ceño fruncido. Un tío viejo de Heidi con un clavel encarnado en el ojal del traje gris y esa nariz nervada de rojo que los bebedores irlandeses siempre terminan teniendo, se inclinó sobre la madre de Heidi y dijo que vaya niño más guapo, pero que el novio, en cambio, qué lástima..., sería un anticuado, eso ya se lo imaginaba, pero una sobrina tan guapa como la suya, que podría haber escogido a cualquiera, y va y se casa con el mulato ese... Y entonces Ruth se volvió de repente — «Y entonces se volvió y le soltó», eso es lo que la gente siempre dice, pero Ruth sí que se volvió, veloz como una bandera al viento— y le soltó: «Estás hablando de mi hermano, viejo chocho de mierda. Se llama Marcus». No recibió respuesta alguna. El anciano tío, al que solo habían invitado por la lástima que le daba a la madre de Heidi, masculló algo sobre que no había habido ánimo de ofender, nada personal, que él era un viejo con sus manías y ya se había dado cuenta de que ella también era mulata, y no es que eso tuviera nada de malo. Mestizo; gracias a Ruth, Heidi aprendió que «mulato» no se dice.

Porque después de la boda, pasados tres meses sin luna de miel que llegaron a su fin cuando Ruth le contó que Marcus se estaba follando a la hermana de un compañero del taller, Marcus se marchó. Estuviera en Canadá o en Australia o, eso lo pensaba Ruth, de vuelta en casa de su madre en Bristol, a Heidi la dejó no solo con un bombo que resultó ser Harvey, sino también con Ruth. Ruth siempre sabía qué hacer. Un año atrás le había dicho a Heidi que tenía que pedir un aumento de sueldo en la peluquería; Heidi lo pidió y se lo concedieron. Ruth estaba al corriente de las ayudas a la familia y a la vivienda. Sabía dónde les convendría más empadronar a Micky. Una vez, en el aparcamiento de Tesco, una pija dejó el maletero abierto con la compra dentro mientras iba a devolver el carrito. Sin decir palabra, Ruth sacó tres bolsas del maletero, las metió en el coche de Heidi, recolocó las bolsas

que quedaban y hasta se dedicó a charlar un rato con la imbécil esa antes de meterse en el coche y alejarse. Un pollo, dos tarrinas grandes de helado y muchas cosas más. Ruth siempre sabía qué hacer. Cuando se largó, lo poco que Marcus le dejó a Heidi fue un embarazo que ella ni había buscado ni había sabido detectar; tal vez fuera eso lo que lo empujó a huir. «Mírate bien», le dijo en una de sus frases de despedida señalando su tripa cada vez más gorda. Al volver la vista atrás, Heidi se daba cuenta de que gastarse cinco mil libras en una boda asentada sobre unos cimientos quebradizos que terminarían cediendo no era la idea más sensata del mundo. Pero se había quedado con Ruth, y eso no estaba nada mal. Por Ruth había merecido la pena.

Como ese lunes por la tarde Heidi libraba en la peluquería, fue a casa de su cuñada Ruth. Karen, la madre de Ruth, también andaba por allí, venía de Barnstaple de visita. A veces le pedía a Heidi que le arreglara el pelo, y entonces Heidi abandonaba su comedimiento profesional y se convertía en la peluquera de sus fantasías de colegiala: se ponía a jugar con el pelo de Karen probando tintes y mechones de colores raros y haciéndole recogidos asimétricos, solo por probar, y Ruth se sumaba a la fiesta dándole algún que otro toquecito al pelo de su madre. Pero ese lunes no pudieron hacer gran cosa, hacía demasiado calor: primero estuvieron en el jardín trasero hasta que Karen dijo que no aguantaba el calor —hacía uno de esos días que solo te gustan al cabo de un tiempo, cuando los recuerdas— y se metieron dentro. Pusieron la tele y fueron encadenando programas —*Esta casa es una ganga*, *Dinero en el armario*, *Verdad o acción*, *La mina de oro*— durante unas buenas cuatro horas. Llegó un momento en que Ruth hizo un porrito y estuvieron pasándose tan a gusto. Luego, hacia el final de *La mina de oro*, Ruth hizo otro y se lo fumaron. Ya lo habían hecho antes; era una especie de tradición del lunes por la tarde que en algunas ocasiones acompañaba las chapucillas que le hacían a Karen en el pelo y en otras, las sesiones de tele. A veces solo era cosa de Ruth y Heidi, y a veces Karen las acompañaba: no era la típica abuelita. Al librar los lunes, Heidi tenía la impresión de estar apurando el fin de

semana, que también podía empezar el jueves por la noche, lo que, como idea, no estaba mal. Y con el porro y con ese sol que pegaba directamente sobre el estor del cuarto de estar de Ruth, corrieron las cortinas. Y las dejaron corridas para aislarse de la calle.

Esa tarde Micky no andaba por ahí. Había ido a Barnstaple, a la biblioteca central. Quería hacerse socio para sacar libros y DVD, y había concertado una cita. Le habían dicho que no hacía falta, pero Micky, que quería asegurarse de que hubiera alguien cuando llegara, les dijo que aunque en el colegio no se había interesado demasiado por el asunto, ahora quería desarrollar su capacidad lectora. En la biblioteca se habían desvivido por concertarle una cita para, le dijeron, enseñarle las instalaciones y hablar sobre sus necesidades. Después, Heidi diría que suponía que la gente ya no estaría igual de dispuesta que antes a hacerse de la biblioteca; sabía que a los viejos les gustaba Shakespeare y todo el rollo. Si demostrabas un poco de interés, te trataban como si fueras de la familia real.

El pequeño Archie dormía en el piso de arriba, en la cama de invitados de Ruth. Los otros niños ya habían llegado del colegio; Hannah y China habían ido a recoger a Harvey a la guardería, que estaba en la puerta de al lado. Hannah ya sabía llegar sola a casa y prepararse algo de comer. Lo normal; todos los días, lo mismo, porque Heidi estaba trabajando en la peluquería o en casa de Ruth. Micky tanto podía andar por ahí como no.

Hacia las cinco y media dejaron de ver *El Show de Adam Riley*; estaba charlando con Jude Vakilzadeh, la de *Quiero vivir para siempre*, presentaba su nueva colección de fundas de almohada, nórdicos y sábanas, recordaría Heidi con cierta precisión más adelante. Uno de los niños andaba por ahí. Al principio pensó que se trataba de China, pero se equivocaba. Era Hannah. Había entrado por la puerta trasera, a la que casi nunca echaban la llave, y se había quedado en la puerta con las manos juntas.

—No tardo nada —dijo Heidi—. Mete algo en el horno. Estaré en casa a las seis.

Los niños ya tenían que saber que durante su tarde libre no de-

bían molestarla, pero a la que surgía un problema, a la menor crisis —que Harvey había perdido uno de sus cowboys, que no quedaban galletas de chocolate, que China le había pegado a Hannah—, alguno terminaba siempre cruzando la calle, llorando.

Hannah no lloraba.

—China no ha vuelto de las tiendas —dijo—. No sé adónde ha ido.

Aunque la maría las había dejado amodorradas y lentas, Heidi, Ruth y Karen coincidieron en que eso fue lo que dijo Hannah. Según Karen, también había dicho «Y tengo miedo». Sería un pintoresco añadido a las palabras de Hannah, esa personita gorda que, parada en la neblina inundada de sol, hacía ademán de sujetar algo con las manos. De pie, recortándose sobre la cenefa violeta de estampado de cachemir entre el humo dulzón que inundaba ese rincón de la salita de Ruth, Hannah componía la estampa de un pájaro de mal agüero bastante pintoresco.

—No tardará en llegar —dijo Heidi—. Enseguida estoy en casa.

Pero Hannah insistía. China llevaba una hora y media fuera. Hannah y Harvey habían salido a buscarla, ya habían recorrido los doscientos metros que separaban su casa de la tienda de la galería comercial. Ida y vuelta, cuatro veces.

—Supongo que habrá ido a ver a alguna amiga —dijo Ruth irridada.

Hannah insistía: Harvey quería un sándwich de mantequilla de cacahuete con mermelada y se había puesto a berrear; China habría ido donde las tiendas, sabía que Harvey andaría berreando y habría vuelto enseguida.

—Pero total —le dijo Heidi a la Policía, muy tranquila—, yo sabía que China no había ido a ver a ninguna amiga por una razón clara y sencilla: no tiene amigos. Nunca ha sido una niña popular. La acosan, le dicen que está gorda y que huele mal. A mí no me parece que huela mal, pero a esa edad siempre van a tener un motivo para meterse con ella, ¿no? Yo sabía que no había ido a ver a ninguna amiga. Para ser franca, al principio pensé que China estaría gastándoles una broma a su hermano y a su hermana. Le voy a echar una buena bronca, pensé al principio.

Cuando Micky llegó a casa ya eran las siete y media. Había quedado en verse con un colega a la salida de la biblioteca en un pub que había por la estación; se tomaron unas cuantas cervezas antes de que Micky dijera que ya era hora de volver a casa. (La becaria de la biblioteca, el colega y una camarera aburrida habían confirmado su relato. La camarera había dicho que de haber imaginado que iba a meterse en un coche para conducir a donde fuera, las últimas cervezas no se las habría servido.) De vuelta a casa, ante la puerta ya se habían congregado algunos vecinos. Micky salió del coche; la camiseta de aros azules y amarillos le marcaba una tripa y unos pechos muy generosos. Los vecinos dejaron escapar un suspiro satisfecho de nerviosismo e interés.

—¿Qué pasa? —preguntó Micky.

La puerta de la casa de Heidi estaba abierta de par en par. Ruth salió y le dedicó una de sus expresiones más severas. A las ocho, la Policía ya estaba allí.

4

No hay por qué preocuparse, por supuesto. Existe un protocolo. Un protocolo policial desarrollado y probado gracias a miles de casos que nunca llegan a los tribunales. Que nunca suelen alargarse más de cinco horas. El protocolo de búsqueda del menor se lleva a cabo siguiendo una serie de métodos cada vez más rigurosos, mejor controlados y más públicos. Podríamos recurrir a una metáfora: una sucesión de cedazos, cada uno más fino que el anterior. Primero se examina lo evidente, lo cercano; a unas pocas personas. Pero cada vez va pasando más gente por en el cedazo y, al cabo de un tiempo, se examina a todo el mundo. El protocolo se intensifica, y muy rápidamente. Otra metáfora: unas escaleras mecánicas empujadas como un acantilado que aceleran igual que —una imagen incluso mejor— un ascensor de cristal, disparadas hacia arriba. O el caso se resuelve con rapidez y discreción, o termina en la primera plana de todos los periódicos nacionales. Casi siempre se resuelve de prisa

y ya no vuelve a saberse más del asunto; solo llega a oídos de los familiares directos del niño. Pero el protocolo existe, y se sigue.

La Policía llegó a eso de las ocho. Solo dos agentes, al principio. Tomaron notas. Un hombre y una mujer. Se sentaron en el sofá color melocotón de Heidi, cada uno en una punta, sonriendo lánguidamente. El cuaderno descansaba en equilibrio sobre sus rodillas.

—No se preocupe —dijo un agente—. Los niños desaparecen, pero casi todos vuelven a aparecer enseguida.

Y estaba en lo cierto. Le preguntaron a Heidi por las fiestas de cumpleaños a las que China había ido. Le preguntaron por sus mejores amigas y por dónde vivían; por todas las personas a las que China pudiera haber conocido en el barrio. Llegaron los niños y, pisándose mientras hablaban en su afán de servir de ayuda, lograron añadir diez nombres más.

—No está con nadie —dijo Ruth, la amiga de Heidi, su cuñada, en realidad, mientras entraba y salía del cuarto de estar con ademán despectivo—. Están perdiendo el tiempo.

Los agentes le explicaron a Heidi —Ruth no se había quedado a esperar una respuesta— que esa era siempre la primera línea de actuación. Y al cabo de media hora se marcharon con los nombres de todas las personas a quienes, que Heidi y los niños supieran, China podía haber conocido.

Los agentes de policía se multiplicaron. Fueron a treinta direcciones, casi todas en el barrio de viviendas protegidas, casas de ladrillo amarillo muy parecidas entre sí. Para aquel entonces ya se había hecho tarde. Fueron llamando a las puertas, a las que acudían padres o madres preguntándose quién sería para luego arrancar a su hijo de la cama o de la televisión. Pero no, nadie había visto a China desde la tarde. Se había marchado, eso ya lo sabían todos; había desaparecido, dijeron algunos; estaba en la calle y al minuto siguiente ya se había esfumado, apuntaron los mejor informados. A medianoche la Policía ya había interrogado al último de la lista. Según el protocolo para casos de desapariciones, la mayoría de los niños vuelven a casa voluntariamente antes de la medianoche. Pero China no había vuelto.